

*colección*  
**PERIODISMO  
CULTURAL**

*Tinta sangre del corazón*

**HÉCTOR RIVERA J.**







# PRÓLOGO





## *¡Sicomono!*

**H**ace unos años, Héctor Rivera J. entró a una redacción casi ruïnosa, tal como la que describe Kipling en uno de sus más bellos cuentos: transida de descuido físico aunque ebullente de espíritu, plagada de sujetos inestables y variopintos, llena de energía como pequeña carpa circense o esfera audioacústica, más o menos febril cuando el calendario de trabajo llegaba a su término y remolona pero perspicaz mientras comenzaba la semana. Era una publicación semanal, un suplemento cuyo tema era la cultura, que se publicaba en un periódico que no tenía mucho tiempo de haber conocido épocas mejores.

Rivera, un hombre alto y sonriente, se asomó por el marco sin puerta de la reducida oficina del editor. La precariedad del sitio nada tenía que ver con el prestigio del hebdomadario, ciertamente leído y popular entre la minúscula agregación de lectores dedicados a este género. El editor correspondió a la sonrisa del visitante. Con instinto aguzado por el adictivo oficio pidió ver los textos que el visitante traía consigo. Los años le habían enseñado que entre lo escrito y quien lo escribía estaba establecida una correspondencia sutil pero manifiesta, donde los gestos, las palabras y la actitud de los oferentes eran un anticipo generalmente infalible del valor estético de los materiales que depositaban en su mesa.

Demasiado entusiasmo, elogios en boca propia, disertaciones prolijas sobre las intenciones, advertencias de mejores ofertas en publicaciones rivales o cierto pudor arrogante para entregar las cuartillas, correspondían casi siempre a textos mediocres, muy lejanos al autoconcepto que su autor tenía de sí mismo y a la retóri-





## *¡Sicomono!*

**H**ace unos años, Héctor Rivera J. entró a una redacción casi ruinoso, tal como la que describe Kipling en uno de sus más bellos cuentos: transida de descuido físico aunque ebullente de espíritu, plagada de sujetos inestables y variopintos, llena de energía como pequeña carpa circense o esfera audioacústica, más o menos febril cuando el calendario de trabajo llegaba a su término y remolona pero perspicaz mientras comenzaba la semana. Era una publicación semanal, un suplemento cuyo tema era la cultura, que se publicaba en un periódico que no tenía mucho tiempo de haber conocido épocas mejores.

Rivera, un hombre alto y sonriente, se asomó por el marco sin puerta de la reducida oficina del editor. La precariedad del sitio nada tenía que ver con el prestigio del hebdomadario, ciertamente leído y popular entre la minúscula agregación de lectores dedicados a este género. El editor correspondió a la sonrisa del visitante. Con instinto aguzado por el adictivo oficio pidió ver los textos que el visitante traía consigo. Los años le habían enseñado que entre lo escrito y quien lo escribía estaba establecida una correspondencia sutil pero manifiesta, donde los gestos, las palabras y la actitud de los oferentes eran un anticipo generalmente infalible del valor estético de los materiales que depositaban en su mesa.

Demasiado entusiasmo, elogios en boca propia, disertaciones prolijas sobre las intenciones, advertencias de mejores ofertas en publicaciones rivales o cierto pudor arrogante para entregar las cuartillas, correspondían casi siempre a textos mediocres, muy lejanos al autoconcepto que su autor tenía de sí mismo y a la retóri-



ca con que bendecía sus regulares productos. Por el contrario, la actitud de Rivera —discretamente expectante y divertida, intrigada más por la actitud del editor que por la confirmación de lo que él ya sabía sobre el valor de sus textos— era común a un tipo de escritor o periodista, muy escaso pero afortunado, que en esa redacción se conocía como “calvinista”, en franca alusión a Italo Calvino y a su obra póstuma, *Seis propuestas para el próximo milenio*.

La heterodoxia de trasvasar una preceptiva literaria para medir el trabajo periodístico nunca había perturbado las intenciones de esa redacción. A fin de cuentas todo era lenguaje y como tal debía ser tratado. La irreparable dictadura de lo diario se disolvía en la aparición semanal, y el suplemento al que había llegado Héctor Rivera practicaba un método atribuido alguna vez a un estratega decimonónico: “despacio, que tenemos prisa”.

El editor repasó mentalmente y en silencio las virtudes cardinales postuladas por Calvino, buscándolas en aquello que leía: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad, consistencia. Las primeras cinco resultaban nítidamente patentes; la sexta no, porque Calvino nunca había tenido tiempo de describirla antes de su muerte. De ella sólo se sabía que hubiera versado alrededor del *Bartleby* de Melville. Pero ante su ausencia, el método editorial había resuelto darla por existente si el texto examinado concentraba más de tres características de las cinco conocidas. Lo de Rivera reunía todas, aun el atributo no articulado. El editor se mostró complacido. Pocos placeres como los de recibir textos impecables. Resonó en su memoria el comienzo de la cartografía calvínica para escribir como se debe: “mi operación ha consistido las más de las veces en sustraer peso; he tratado de quitar peso a las figuras humanas, a los cuerpos celestes, a las ciudades; he tratado sobre todo de quitar peso a la estructura del relato y al lenguaje”. Una línea de flotación hecha de palabras se alzó entre la sonrisa de los dos.

—¡Sicomono!

El término con que el editor rubricó el trato era una concentración de su entusiasmo. No se requería nada más. Excepto salvar



ciertas reservas, propias de colaboradores como Héctor Rivera J.: algunas de esas entrevistas, explicó, habían sido realizadas originalmente para *Proceso*, la revista tutelar en la que desde hacía años trabajaba. ¿No se vería mal que aparecieran en *El Dominical*, un suplemento de *El Nacional*, periódico llamado por algunos malquerientes el *Pravda* mexicano? ¿Qué dirían las susceptibles normas no escritas del periodismo mexicano, las muy puras y muy imaginarias fronteras de la pertenencia y la adscripción? ¿No faltaría más trabajo en la prosa eléctrica del autor y en la ceñida caracterización de sus personajes?

Entrenado en la dialéctica del convencimiento, táctico de la persuasión, el editor desmontó todas las razones negativas, pruritos que sólo refrendaban la calidad personal y profesional de quien los exponía. "La escritura, modelo de todo proceso de la realidad, más aún, única realidad conocible, más aún, única realidad *tout court*." Ni Rivera ni el editor reclamaron la frase de Calvino, pero su imperio se impuso para posibilitar que los notables retratos culturales del primero aparecieran algunos domingos de colección: sícomono.

Hoy esa galería de imágenes leve, rápida, exacta, visible, múltiple y consistente integra el primer libro de Héctor Rivera J. Su clasificación genérica, periodismo cultural, solamente describe el impulso inicial y su inmediata procedencia, pero el término más cabal que le conviene está en esa confluencia que no privilegia otros recursos que el lenguaje y la imaginación para tocar el alma de los seres y de las cosas. No tiene otro nombre más que escritura y es un modelo de la red de lo posible: una reina de la noche y la palabra, un cómico atrapado por la frivolidad trascendente, un creyente político expulsado por su sombría iglesia, una heredera empapada en venenos que curan el recuerdo. Así se cuenta la vida, así se conoce el mundo, cuando la ironía de la mirada se rehabilita en prosa. Entonces naufragar es aceptable en este mar de tinta donde existimos. Sí, cómo no.

FERNANDO SOLANA OLIVARES





**TINTA SANGRE  
DEL CORAZÓN**





### *Pita Amor: Los dioses tienen sed*

—**N**ecesito un trago —urgió nerviosa Pita Amor

Así nomás, directa, sin rodeos, Pita pedía un trago con carácter de urgente antes de comenzar la entrevista.

Estábamos a las puertas del Pasaje del Ángel, en plena Zona Rosa, a unos pasos de la tienda de antigüedades cuyos propietarios, amigos suyos, le habían ofrecido el espacio para el encuentro periodístico.

—¡Cómo que no tienen nada de beber aquí! —les había respondido, aterrada y resentida, cuando sus amigos no pudieron satisfacer su solicitud.

—Vamos afuera, a buscar por ahí —había ordenado enseguida.

Obedecí sin pensarlo ni un segundo. Para estar ahí, andando por la calle de Hamburgo en busca de un bar al lado de Pita Amor, que se abría paso entre los transeúntes agitando su bastón de izquierda a derecha y ajustando de vez en vez en el centro de su cabeza una gran flor de tela de vivos colores pastel, debí cubrir cada uno de sus requisitos caprichosos.

—¡Odio a la prensa, a los periodistas, no quiero ni verlos!, ¿para qué? —se había defendido a cada uno de mis muchos llamados telefónicos.

Hasta que cedió a medias: "Dígale a mi amiga Susana Alexander que quiere entrevistarme, y si ella acepta yo acepto. Ah, y no lo olvide: ¡detesto a los periodistas!"

Con Susana Alexander, Pita Amor sostenía por aquellos días un duelo poético en un café-concert de la colonia Nápoles.



Télefonazo instantáneo a la Alexander:

—Oye Susana, fijate que quiero entrevistar a Pita Amor y me dice que si tú lo autorizas ella acepta...

—Pero claro, hombre, cómo no, dile que digo yo que está bien...

—Oiga Pita, ya hablé con Susana y me dice que le diga que ya le dije y que me dijo que está bien...

—¡No, hombre, cómo cree! ¿Y cómo sé yo que es verdad que ya le dije y que ella dijo que me dijera que estaba bien? Dígale que me llame por teléfono. ¡Ah, y acuérdesese de que no me gusta hablar con periodistas: no sirven para nada!

Y así hasta que nos encontramos sentados uno frente al otro en una tienda de antigüedades de la Zona Rosa en el momento en que ella tenía sed.

A su orden me levanté de entre las armaduras, los radios viejos y las muñecas de porcelana. Al otro lado de la calle, un barecito casi solitario parecía atractivo por tranquilo, a pesar de sus monitores con videos. —Aquí —dijo Pita, y se metió.

Adentro se acabó la tranquilidad para los meseros y los escasos parroquianos: “¿A quién se le ocurre poner televisores en un bar?”, protestó Pita de entrada.

En el curso de dos o tres tragos de algo que parecía una mezcla de toda la artillería pesada disponible en el local, Pita peleó con cada uno de los acomedidos meseros: “¿Por qué demonios tienen que poner una servilleta debajo de cada vaso? ¿Por qué no se lleva el cenicero, que no vé que no fumamos? ¡Y vuelta a poner la servilleta: llévese sus servilletas de aquí! ¿Por qué tiene que limpiar la mesa cuando uno está sentado aquí? ¡Aléjese de aquí, respete nuestra intimidad!”

Pero también, en medio del sobresalto general, subía la voz des-templada y, como si estuviera en la soledad de sus habitaciones, declamaba con grandes aspavientos sobre la marcha de la conversación cuando una palabra impredecible actuaba en su memoria como detonador poético. Y con una ternura infinita, la de una encantadora niña suplicante, preguntaba de pronto: “¿Me invita otro?”



Al final, antes de preguntar con satisfacción enorme: "¿Qué bien se siente uno con unos tragos, verdad?", Pita todavía alcanzó a venderme el libro de una joven poeta discípula suya.

El barecito recuperó su tranquilidad de un atardecer cualquiera cuando regresamos a la tienda de antigüedades y nos sentamos de nuevo entre las chácharas de los ricos para hacer una entrevista imposible: yo preguntaba y Pita hablaba de lo que le venía en gana. Yo insistía y ella también, pero cada uno con su tema. O declamaba enfática, poniéndose de pie y manoteando en el aire con gestos flamencos.

Éste fue el resultado de nuestro encuentro:

"No siento ninguna compasión por nadie, bastante tengo con ser genial": tocada con una enorme flor en lo alto de su cabeza, los cortos cabellos rojizos enroscados en la frente sobre los anteojos de gruesos cristales, Pita Amor habla y pregunta con insistencia afirmativa: "¿Verdad que estoy bella, verdad que sí? A mí sólo me gusta la perfección".

Un duelo que sostiene con Susana Alexander en la Camerata Punta del Este, armadas ambas de contundentes poemas, propicia la entrevista.

"Desde que el mundo es mundo ha habido duelos; el duelo máximo fue la crucifixión de Cristo":

Dame tu mano María  
la de las tocas moradas,  
clávame tus siete espadas  
en esta carne baldía.  
Quiero ir contigo en la impía  
tarde negra y amarilla,  
quiero ver si se retrata  
en esta pobre mejilla,  
esa lividez de plata,  
esa lágrima que brilla.  
Oh qué helados cristalinos



sobre el virginal regazo,  
muertos ya para el abrazo  
aquellos miembros divinos  
huyeron los asesinos,  
qué soledad sin colores.  
Ay madre mía no llores  
como lloraba María,  
la llaman desde aquel día  
la Virgen de los Dolores.

"Yo creo que fue duelo el Arca de Noé anteriormente, porque tengo entendido que se salvaron muchos animalitos, pero no cupieron todos en el arca a mi entender; es duelo el Mar Negro y duelo es el recuerdo y el olvido", dice, y mientras habla declama, susurra y grita, subraya y enfatiza las palabras como quien sujeta por las riendas briosos caballos desbocados.

Pita Amor, que camina a pasitos cortos, casi a saltitos marcados por el bastón con que se abre paso por la calle, obliga al embeleso, impone su voz dramáticamente trémula:

"No es un duelo; es un pacto tácito, es una alianza celeste e infernal, es un paralelo entre el ingenio y el genio, es el Olimpo contra el Parnaso y como decoración el Partenón, es la poesía no en duelo eterno, sino en alianza total."

Ilustra el desdén sin gestos cuando se le pregunta sobre su público: "Me vale", dice, y agrega: "Lo respeto, le agradezco su presencia: sin el público no existiría yo, como sin el espejo no existe mi imagen; los aplausos tienen un opio aletargante, pero yo no tengo problemas ni con el Olimpo, ni con el Parnaso, ni con el Partenón, ni con Atenas, ni con Francia, ni con la península ibérica, ni con la tinta hispana: soy todopoderosa en las letras."

Peina minuciosa los cabellos que enmarcan su polveado rostro redondo: "¿Cómo me veo? ¿Verdad que quedé muy bien?", sonríe: "traigo una pena muy grande", confía sin detalles: "¿verdad que no se me nota?"



El que al lado de Susana Alexander presenta, advierte, “es un espectáculo celeste y endemoniado que tuvo un marco muy decoroso, pero que pienso yo que merecía marcos más brillantes. Creo que lo que hacen la señora Alexander y Pita —y dice su nombre como si lo escribiera con letras pequeñitas— no lo iguala, no lo supera nadie jamás en la historia de la lengua española, y a las pruebas me remito: ni lo han hecho ni lo harán ni lo volverán a hacer. Cuando la señora Alexander cita a la santa de Ávila llega el éxtasis, y cuando yo digo a Federico García Lorca...”

“Todo lo hizo la señora Susana Alexander, la doctora Susana Alexander”, explica: “yo la invité a este duelo tácito y ella aceptó: todo lo hizo ella, ella construyó el programa, ella me hizo el favor de repasar me los textos (que me los sabía yo al revés y al derecho, aclara con pícaro modestia), ella organizó todo, me movilizó geográficamente, ella me dio aliento, me dio vida, me dio fe, ella me dio esperanza. Ella lo hizo todo, yo no hice más que seguir sus indicaciones. La señora Susana Alexander es ilustre”.

“Paralelo entre la Virgen de Guadalupe y Guadalupe Amor”, anuncia, y manda enseguida una de sus mejores armas, de las más celebradas en el duelo nocturno del café-concert:

Tú de tus plumas rodeada  
yo contemplando a los soles,  
tú alumbrada por faroles  
yo encaminada a la nada,  
tú celeste y constelada  
yo te ofrezco girasoles  
de amarillos arreboles,  
tú en un ayate pintada  
yo divina porque invento  
mi sangre y el firmamento,  
tú por ciegos adorada  
yo ciega iluminada,  
tú mexicana imperial  
yo mexicana infernal.



“Es la Virgen de Guadalupe por un lado y por el otro lado Guadalupe Amor”, apunta claridosa y pensativa: “son dos panoramas distintos, totalmente distintos, dos siglos distintos, dos pieles distintas, pero un mismo pavimento, el pavimento de Anáhuac, el pavimento mexicano”.

— ¿Había hecho algo parecido antes, Pita?

— Yo siempre digo lo mismo — responde.

“Yo soy como el sol: siempre igual y siempre cambiante, yo soy como las cataratas del Niágara: siempre exacta, siempre turbulenta, siempre diferente.”

Yo soy de papel de China  
llena de fuego candente,  
soy alquimista y vidente.  
¿Mi capacidad?, divina.  
Mi eternidad, ascendente.

“Me vale la juventud”, dice: “que me pongan enfrente cuarenta millones de hispano y latinoamericanas a ver si pueden conmigo. No pueden, nada más. Mi juventud comienza; a mí ni me preocupa mi edad, porque mis capacidades son las máximas. Yo creo que la edad les preocupa a los impotentes, a los que no han hecho nada y a los que no dejan rastro. Yo dejo mi sangre vertida, inundando hoy México, mañana España, después el mundo, y después quién sabe”. Canta a continuación:

Anoche una diligencia,  
ayer el palacio real,  
mañana tal vez con suerte  
al Colegio Nacional.

“Inocente nunca, mi querido amigo, nunca, ni en la pila bautismal”, ataja: “la inocencia pertenece al Espíritu Santo, ave del paraíso caduca”:



Yo de niña fui graciosa  
de adolescente, llorona.  
En mi juventud cabrona  
y en mi verano imperiosa.  
Tulé la luz de la rosa  
que la tarde distorsiona  
y la sombra en mí fracciona  
en su juego victoriosa.  
De niña vi los mastuerzos  
y los geranios dispersos,  
vi un astro azul suspendido  
y me comí una sandía  
roja como sangre mía.

“¿Me pueden importar a mí los años después de lo que digo? Por favor: a mí me preocupa cuando transito; cuando piso el pavimento mexicano, me preocupan las coladeras, los charcos, los transeúntes que no saben caminar, los gatos nocturnos, los tinacos y hasta los bellos charcos de petróleos multicolores, pero siempre llego a donde estoy y a donde estaré. Siempre.”

“Trabajo poquísimo”, dice en un suspiro. “Trabajo mucho para sobrevivirme, pero en los altos menesteres de las tintas no tengo problema. Me cuesta más trabajo abrir la llave del agua que hacer un soneto. Manejo la tinta a mi arbitrio, soy todopoderosa. Hago lo que quiero, ya sea en la poesía ya sea en la prosa. No tengo obstáculos.”

“Tengo por el momento más de mil sonetos inéditos; o sea que tengo la obligación de vivir para verlos editados y obsequiarlos o venderlos”, señala la autora de más de 25 pequeños libros que ella misma edita y distribuye.

“A mí me acompaña siempre la gracia; la gracia divina escasamente, porque la fe la perdí en la pila bautismal, la esperanza en la travesía y la caridad al ver a mis semejantes. Pero la gracia humana me acompaña siempre, más bien la gracia española, la andalu-



za, la granadina, la gracia que tenía Mariana Pineda o Rosita la Soltera; la gracia la tengo siempre conmigo."

Nada tiene que ver, pero Pita relata:

"Hace tres, cuatro, cinco tardes cercanas y lejanas, me acerqué hasta una fuente y vi a una Caperucita, una muchachita de dos años escasos, con un abrigo de popelina moteado y una caperucita. Sentí unos deseos inevitables de arrojarla a la fuente. No lo hice por respeto a la Guardia Civil, pero se sabe que en teología el daño no está en hacer las cosas, sino en pensarlas. Sentí deseos de tomarla y arrojarla en la fuente y dejarla estampada para siempre."

Bruja, hechicera, tirana,  
hermana menor del Diablo,  
perpetuada en un retablo  
de madera americana  
con la boca de africana  
y al corazón un venablo,  
me recriminan San Pablo  
y la Señora Santa Ana,  
me censuran que yo te ame  
y que en mi altitud me inflame,  
me aconsejan olvidarte  
y en la nada sepultarte,  
pero el Diablo que es mi aliado  
patrocina mi pecado.

—¿De dónde viene su fuerza?

—Mi fuerza viene de mi madre, de mis abuelas, de mis tías abuelas, de España, de Andalucía, de África, del desierto, de los volcanes, de los abismos y de los cielos celestiales: de ahí viene mi fuerza.

—¿Ante que se detiene?

—Ante el espejo, y a veces placenteramente —contesta con naturalidad.



—¿Sólo a veces?

—No, frecuentemente.

“No me detengo ante nada. Voy al ritmo del universo. Donde yo estoy, comienza el universo. Yo soy el centro del universo; cuando yo camino el universo gira, cambia un poco de ritmo, y creo que el universo no es responsable de nosotros, sino nosotros responsables del universo.”

Ilustra poéticamente su decir:

Corté una hoja de manzana  
y mutilé el universo,  
por eso escribo este verso  
esta radiante mañana...

—¿Qué hace con sus textos, Pita?

—Los publico hasta donde puedo.

“Como no hay uno solo malo, porque todos son perfectos.” Añade enseguida:

“Santa Teresa, tatarabuela mía, decía que la verdad no es inmodestia: todo lo que escribo es perfecto. Ni hablar. Entonces, todos los que voy pudiendo los voy publicando en estas edicioncitas modestas, sencillas que yo hago. Otros textos los chachareo; es decir, cambio las ichinas por dinauros, por orsas de monedas para subsistir y seguir adelante.”

“No trabajo para nada con las editoriales ni me interesa. No me interesan ni las editoriales ni los periódicos ni las revistas ni la televisión ni el radio, porque me valen todos.” Canta de nuevo:

Para bailar bulerías  
tienen los pies muy pequeños.

“Yo sólo trato con mis colegas de grupo, con los que van conmigo en el mismo convoy, con el mundo de la *perdutta gente*. No me interesan ni los premios ni las condecoraciones ni nada. No me hacen



falta. A mí me hace falta una hoja en blanco y una pluma que funcione para seguir escribiendo, nada más."

—¿Con qué escribe?

—Con sangre —afirma rotunda.

"Con sangre de los volcanes, de Egipto, de África, del Congo, del Machu-Pichu, de Grecia, de Babilonia, de Asiria, del Japón, de la Rusia de los zares, de la revolución francesa."

Canta otra vez:

*Allons enfants de la patrie...*

"Escribo —agrega— con el gorro frigio, con la parte posterior de la bandera mexicana y con el traje de la Virgen de Guadalupe. Con eso escribo, y con la amapola, flor de las adormideras: engáñame y no me quieras."

—¿Y el tiempo, Pita?

—El tiempo está contenido en los relojes —señala, y los califica de "muy sospechosos y cabrones":

"El tiempo me vale también; lo llevo yo en mi pulso y en mi impulso. El tiempo no es más que dos manecillas que se mueven casi exactas; el tiempo es la eternidad."

"A mí todo me llega y todo me concierne. Yo soy como la Victoria de Samotracia: sin cabeza y con alas. Yo soy igual", afirma.

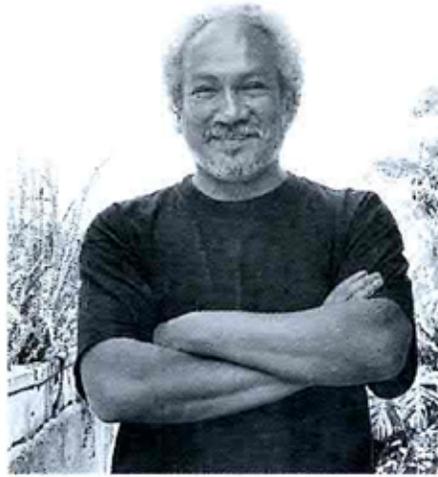
"Quiero mucho a México —prosigue—, soy mexicana; tengo 1986 años de pisar el pavimento mexicano: soy mexicana. México me concierne, lo quiero mucho. Ya no me daña porque he aprendido a blindarme para poder abrir la puerta y por azar cerrarla. Soy ajena a los sufrimientos humanos, porque no puedo remediar nada."

"¿Quiere que para terminar esta gloriosa entrevista —así dice— le diga mi testamento, para liquidar todo?":

En estas líneas que con tinta escribo,  
te lego Juan de Dios mi testamento;  
quede de testimonio documento  
la palabra transcrita que transcribo.  
En estas letras dadas al olvido,



infinitas igual que el firmamento  
dejo mi signo, mi señal, mi acento  
y te digo Don Juan lo que he vivido  
y te digo Don Juan cómo yo he muerto.  
Lego mis asombrosos avalorios  
a la sombra del árido desierto  
y a la misa final de mis velorios  
y mi sangre la dejo a llano abierto  
y mi gloria a los cielos transitorios.



**U**na galería de imágenes leve, rápida, exacta, visible, múltiple y consistente integra el primer libro de Héctor Rivera J. ♦ Su clasificación genérica, periodismo cultural, solamente describe el impulso inicial y su inmediata procedencia, pero el término más cabal que le conviene está en esa confluencia que no privilegia otros recursos que el lenguaje y la imaginación para tocar el alma de los seres y de las cosas ♦ No tiene otro nombre más que escritura y es un modelo de la red de lo posible: una reina de la noche y la palabra, un cómico atrapado por la frivolidad trascendente, un creyente político expulsado por su sombría iglesia, una heredera empapada en venenos que curan el recuerdo ♦ Así se cuenta la vida, así se conoce el mundo, cuando la ironía de la mirada se rehabilita en prosa ♦ Entonces naufragar es aceptable en este mar de tinta donde existimos ♦ Sí, cómo no.



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes

